

DISCURSO DE INGRESO EN EL CLAUSTRO
DEL DOCTOR *HONORIS CAUSA* D. RÉMI BRAGUE



D
DEL D

«UNIVERSIDAD CATÓLICA»: UNA TAUTOLOGÍA

Excmo. Sr. D. Alfonso Bullón de Mendoza, Gran Canciller de la Universidad CEU San Pablo,
Excma. Sra. D.^a Rosa Visiedo, Rectora de la Universidad CEU San Pablo,
Excmos. Sres. Embajadores de Luxemburgo y de la República Checa,
Excmas. e Ilmas. autoridades de la Asociación Católica de Propagandistas
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU,
Excmas. e Ilmas. autoridades académicas, eclesiásticas, civiles y militares,
Señoras y Señores.
Y si puedo añadir, Françoise y Pierre, mi esposa y nuestro hijo mayor.

Antes de todo, doy las gracias al padrino, aquel que me ha recibido y ahora me «ha bautizado».

Acaba de otorgarme el título de Doctor una universidad católica, y además una universidad de gran prestigio, como me dijeron personas que no pertenecen a la misma. Tengo el agradable deber de expresar mi profunda gratitud a las personas que me hicieron tal honor, especialmente al padrino que ha escrito y pronunciado la *laudatio*. Lo hago de todo corazón.

Por otro lado, no es necesario que yo alabe a la Universidad San Pablo-CEU, puesto que ahora es también la mía. Alabar a la institución que me ha conferido tal honor, sería adularme a mí mismo, sería un elogio que se convertiría en un boomerang.

1. Yo preferiría plantear una cuestión sencilla, que tiene que ver con el lugar en el cual estamos ahora: una universidad católica. ¿Qué es una universidad católica? Sería bastante fácil elaborar una lista de algunos rasgos que son propios de ese tipo de universidades y que permiten distinguirlas de las demás. Resulta muy claro que estamos en un ambiente católico: hemos empezado el acto académico con la celebración de una Eucaristía, el Coro ha cantado un himno cristiano que invoca al Espíritu Santo...

En nuestro tiempo actual hay algunas universidades católicas, pero hay también un sinfín de universidades, en muchos países, que no lo son. Tales universidades dependen de un estado religiosamente neutral, aunque dicha neutralidad religiosa se traduce de varios modos, según los países. Hay también universidades católicas que merecen ese nombre solo sobre el papel. Y aún peor: hay universidades católicas cuyas autoridades sienten vergüenza de serlo, hasta el punto de querer rechazar el calificativo.

El argumento
excluye a prof

Se podría tam
contiene en sí
misma, univers

En lo que a mí
universidad es o

Y por eso preci
universidades d
se empeñan en

2. ¿Qué es una u
institución en l
teólogo Tomás

Las primeras u
que compartían
románico, germ
de que se desg
la palabra «cat
del cisma prote
Europa, y a cor

Antes del nacin
más especializa
periodos: las es
del obispo, y po

El argumento más fuerte de los adversarios es que ser católico constituye una particularidad, que excluye a profesores y a estudiantes que no abrazan la fe de la Iglesia.

Se podría también decir, según el parecer de ellos, que la misma expresión «universidad católica» contiene en sí misma una contradicción. Mientras que «universidad» implica, como indica la palabra misma, universalidad, el añadir cualquier adjetivo la reduce a la particularidad.

En lo que a mí se refiere, mi tesis será la siguiente: «universidad católica» es una simple tautología. Cada universidad es católica. Una universidad que rechazara el título de «católica», dejaría de ser una universidad.

Y por eso precisamente, hay algunas universidades que saben que son católicas; hay también muchas universidades que no lo saben, que lo han olvidado, o que no quieren saberlo y, aún peor, algunas que se empeñan en olvidarlo y quieren eliminar ese adjetivo.

2. ¿Qué es una universidad? Para saberlo, echemos una ojeada a la historia. Allí vamos a encontrar la institución en la cual ha enseñado dos veces el santo cuya festividad celebramos hoy, el gran filósofo y teólogo Tomás de Aquino.

Las primeras universidades nacieron en Europa, es decir, en la mitad oeste de la Cristiandad, en países que compartían como idioma de cultura el latín, aunque cada pequeña nación tenía su propio dialecto románico, germánico, eslavo, etc. Nacieron en la Edad Media, después del cisma oriental, pero antes de que se desgarrara la cristiandad occidental con la Reforma protestante. Por eso, debemos entender la palabra «católica» en un sentido más amplio, no sólo el meramente confesional, de hoy. Después del cisma protestante, la institución universitaria se desarrolló también en las regiones no católicas de Europa, y a continuación, en los Estados Unidos, con gran éxito.

Antes del nacimiento de las universidades, se estudian saberes varios, los elementales del *trivium* y los más especializados del *quadrivium*, en otras instituciones. Se pueden distinguir en líneas generales tres periodos: las escuelas conventuales, que dependen del abad, las escuelas catedralicias, que dependen del obispo, y por fin, las universidades.



Cada ciudad n
tiene maestro
lo aprenden. A
asistentes, es
corporación, n
Dependía dire
que el poder c

3. Que la univer
atrevería a ne
esencial de u
Media, y que
especialmente
la vida en la c

Para contestar

Tenemos la su
extranjero. Al
mongoles, em
el rey de Fran
idioma siríaco
como yo, podé
dice nada: ni
en dos cosas.
el alma de los
al estudio de
llaman «la sa
ciencias mater

Esa es la gran
monje con tod

El carácter dis
de nada para
medieval, los



Cada ciudad medieval tiene sus corporaciones de albañiles, de zapateros, de carniceros, etc. Cada una tiene maestros que ejercen el oficio y lo enseñan, compañeros que sólo lo ejercen y aprendices que solo lo aprenden. Ahora bien, la universidad es la corporación de la gente del saber, nada más: profesores, asistentes, estudiantes. Lo novedoso era el hecho de que la universidad, puesto que constituía una corporación, no era sometida a la jurisdicción del obispo local, sino que se gobernaba a sí misma. Dependía directamente del Papa de Roma, es decir, de un poder bastante lejano y por eso más liviano que el poder del obispo local.

3. Que la universidad como institución es de origen católico es un hecho que ningún historiador serio se atrevería a negar. Sin embargo, se podría muy bien objetar que la historia no puede decidir el carácter esencial de una realidad. Puede ser que el nacimiento de la universidad tuviera lugar en la Edad Media, y que su cuna fuera la Iglesia medieval. Pero: ¿qué tiene que ver la universidad en general, y especialmente la universidad de hoy, con esa institución de un tiempo anticuado? No se queda uno toda la vida en la cuna...

Para contestar, volvemos otra vez a la historia medieval.

Tenemos la suerte de poseer sobre la universidad de la Europa latina el testimonio de un observador extranjero. Al final del siglo XIII, un monje nestoriano, Rabban Sawma, embajador del Gran Kan de los mongoles, emprendió viaje a Europa y entabló relación con varios soberanos, entre los cuales destacan el rey de Francia, Felipe IV, y el rey de Inglaterra, Eduardo I. Conservamos una crónica de su viaje en idioma siríaco. Gracias a diversas traducciones al inglés y al francés, lectores que no sabemos siríaco, como yo, podemos leer lo que escribió sobre su estancia en París. De las maravillas de la gran ciudad no dice nada: ni siquiera una palabra sobre la Torre Eiffel, tampoco sobre los cabarets. Sólo se concentra en dos cosas. Hay allí, escribe en primer lugar, una gran iglesia donde los monjes no dejan de rezar por el alma de los reyes y reciben paga por ese oficio. Hay además treinta mil estudiantes que se dedican al estudio de la Biblia, y también –eso es de suma importancia– a las ciencias profanas, a lo que ellos llaman «la sabiduría». Las enumera con todo detalle, empezando por la filosofía y acabando por las ciencias matemáticas, que en esa época incluían la astronomía.

Esa es la gran diferencia, eso es lo peculiar de las universidades de Europa. Y eso lo ha visto nuestro monje con toda claridad: allí se estudian las ciencias profanas también, y no sólo las sagradas.

El carácter distintivo de las universidades medievales se basa en que se estudian materias que no sirven de nada para sostener el orden social, aunque se estudian también ciencias útiles. En la universidad medieval, los tres estudios superiores eran la medicina, el derecho y la teología.

Sin embargo, estas tres ciencias tenían pocos rasgos cristianos. No hay ninguna medicina cristiana. Claro que el derecho canónico es cristiano. Pero el derecho civil no tiene casi nada de cristiano, ni siquiera de religioso: es el derecho de los romanos del tiempo pagano. ¿Y la teología? Pues, hasta la teología cristiana fundamenta su sistema de conceptos en la filosofía griega.

4. Una rápida comparación con el mundo islámico pone de relieve esta diferencia. En este mundo, nunca hubo universidades en el sentido europeo de la palabra. Tenían escuelas superiores de derecho, un derecho de carácter religioso, por supuesto islámico. Por ejemplo, Nizam al-Mulk, un persa, influyente visir del soberano turco Alp Arslan, organizó a finales del siglo XII una red extensa de escuelas superiores, las «medersas». En ellas se enseñaba exégesis del Corán y de las declaraciones del Profeta, y derecho islámico, principalmente la jurisprudencia de la escuela a la cual pertenecía el visir, la de Shafí'i.

Pero faltaban las ciencias llamadas «exteriores», y sobre todo la filosofía. Esta ciencia se reducía al ámbito privado, era cosa de aficionados. Tenían un pasatiempo más fino que los demás, pero era un pasatiempo, no un oficio que tuviera un reconocimiento social y, más concretamente, que permitiera a uno ganarse el pan. Los grandes pensadores del ámbito cultural árabe, sean musulmanes o judíos, eran perfectamente competentes en su campo, incluso grandes genios. Sin embargo, nunca recibieron una paga por impartir cursos de filosofía o escribir tratados sobre problemas que pertenecían a dicha ciencia. Y por eso, los filósofos del mundo islámico tenían otro oficio para mantenerse: así Al-Farabi era músico, Avicena era médico, Averroes era juez.

5. El mismo proyecto de una universidad, es decir, el cultivo de saberes desinteresados, echa sus raíces en la cosmovisión cristiana. ¿Por qué tendríamos que estudiar lo que no sirve para nada?, por ejemplo, la literatura, la astronomía, la lógica, la matemática pura, y la filosofía.

Sólo tiene sentido para quien cree que saber es una cosa buena en sí, que adquirir saber es un afán que merece la pena, que tiene un valor en sí mismo. Pero es así, porque el objeto del saber, la realidad, es interesante en sí misma. Y, por consiguiente, obtener el saber, es decir, conocer la verdad, es tener algo bello. No hay ninguna «verdad sospechosa». Se puede comprender tal afirmación por medio de una doctrina de la escolástica medieval que se conoce, en expresión técnica, como la convertibilidad de las propiedades transcendentales del Ser. De forma más sencilla: todo lo que es, todo lo que existe, es al mismo tiempo verdadero y bueno. La verdad se convierte en la bondad.

Un mundo creado por un Dios benevolente, un mundo que Dios ha encontrado digno de ser salvado, un mundo en el cual vive un hombre redimido y abierto a la santidad, debe ser un mundo interesante, digno de nuestro interés a causa de su belleza exterior, reflejo de una bondad interior.



medicina cristiana.
de cristiano, ni
a? Pues, hasta la

te mundo, nunca
s de derecho, un
persa, influyente
nsa de escuelas
eclaraciones del
ertenecía el visir,

cia se reducía al
más, pero era un
que permitiera a
nes o judíos, eran
ca recibieron una
n a dicha ciencia.
arabi era músico,

echa sus raíces en
?, por ejemplo, la

er es un afán que
er, la realidad, es
dad, es tener algo
por medio de una
vertibilidad de las
o que existe, es al

o de ser salvado,
undo interesante,
r.



El hombre tiene una herramienta que le permite percibir esta verdad de las cosas. Se trata de la razón. Según la fe cristiana, el mundo es la obra de un creador racional, de modo que la razón humana, imagen de la razón creadora, puede entrar en diálogo con las semillas de la razón esparcidas en el cosmos y recogerlas.

6. Puesto que cada hombre tiene sólo un trocito de razón, tiene que confrontarla con la que tiene el prójimo. Lo hace mediante el diálogo. Por eso, el método clave de la universidad medieval, el eje del sistema, era lo que se llamaba en latín *disputatio* –a lo mejor se puede decir «disputación» en castellano–. No es una mera discusión o disputa, sino un ritual académico: un cambio de argumentos fundados en la razón, en un ambiente apacible y cortés. Y, sobre todo, entre personas que conocen los problemas en profundidad.

Las consecuencias de la falta de respeto a las reglas que rigen un debate universitario pueden ser espantosas. Hace varios años, un teólogo muy cualificado y brillante quería defender una tesis sobre aspectos sutiles de teología y de disciplina eclesial y entró en conflicto con las autoridades locales. Para que no se enconase la pelea, organizaron una *disputatio* como es debido. Tenían que responder sus partidarios a otros teólogos con argumentos racionales, extraídos de la filosofía o de una teología que toma sus herramientas prestadas del método filosófico. A pesar de todo, no se supo a ciencia cierta qué hipótesis fue la vencedora, y cuál la vencida. Ahora bien, el teólogo se negó a aceptar su derrota o, al menos, una victoria dudosa, y decidió salir del espacio tranquilo de las aulas universitarias y difundir sus ideas en público. Lo hizo en el idioma vulgar, de manera que pudieron dar su opinión algunos totalmente incompetentes en cuestiones de teología. La polémica académica se convirtió en una lucha política sangrienta.

Esto aconteció en 1518 en la ciudad alemana de Heidelberg. El teólogo testarudo se llamaba Martín Lutero. Las consecuencias las conocen todos ustedes.

Se puede sentir la pérdida casi total de la *disputatio* en los medios de hoy y en el discurso político, en los cuales podemos comprobar que hay, muy a menudo, mucha disputa, pero poca *disputatio*.

7. Nuestro mundo moderno, caracterizado por la producción industrial y el intercambio mercantil, se fundamenta en la tecnología, cuya eficacia y progreso son, por su parte, una ciencia de la naturaleza. Nosotros también privilegiamos lo útil en nuestros saberes. El papel que tenía el derecho islámico en el Islam, o el que tenían el derecho y la teología en la Europa medieval, lo tienen ahora las ciencias y, sobre todo, las técnicas.

Escuelas superiores todavía existen. Pero son de carácter meramente técnico. Se aprende lo que es preciso saber para vivir, para ganarse el pan o, mejor dicho, para que funcione la máquina gigantesca de la economía y de la sociedad. Y no critico nada de eso.

Sin embargo,
a cambiar ra
se olvide tota
implícito, env
peor aún, dej

8. Al principio d
las que saber
Esa amnesia

Me alegra mucho
una de las pocas

Gracias.

trata de la razón.
humana, imagen de
ismos y recogerlas.

en la que tiene el
medieval, el eje
«disputación» en
o de argumentos
s que conocen los

en ser espantosas.
aspectos sutiles de
no se enconase la
s a otros teólogos
mientas prestadas
ncedora, y cuál la
osa, y decidió salir
n el idioma vulgar,
es de teología. La

e llamaba Martín

curso político, en
sputatio.

bio mercantil, se
de la naturaleza.
recho islámico en
ora las ciencias y,

prende lo que es
quina gigantesca

Sin embargo, si se aleja de sus raíces medievales, la Universidad está condenada a desaparecer o a cambiar radicalmente, hasta que no quede nada de ella, excepto el nombre. Una Universidad que se olvide totalmente de su origen cristiano, sea ese origen plenamente consciente y asumido, o bien implícito, envuelto en la niebla del olvido, esa Universidad, no sólo dejaría de ser católica, sino mucho peor aún, dejaría de ser una Universidad en el sentido auténtico de la palabra.

8. Al principio de esta ponencia he dicho, y lo repito ahora, que hay dos tipos de universidades católicas: las que saben que lo son y son conscientes de que lo son, y otras que se han olvidado de que lo son. Esa amnesia ataca a la gran mayoría de las universidades del mundo de hoy.

Me alegra mucho recibir esta distinción con la que me honran de ser nombrado Doctor *Honoris Causa* por una de las pocas Universidades que sabe lo que es y dice lo que es.

Gracias.